

cifes, y del mar inmenso que, plañidero, se estrella á los pies de la infelice abandonada. Tal es el cruel castigo de la maga traidora. Ejerció sus artes en los desprevenidos cruzados: á los unos trocó en bestias, á los otros hizo renegar de su fe: sembró entre ellos la discordia, el odio, las malas pasiones; vendida á los poderes del Infierno, sedujo á Reinaldo para robar á Cristo el mejor campeón,—mas á pesar de sus artes, rindióse y vino á ser por el cariño esclava de su propio cautivo. Humillada, arrastrándose y de rodillas, se ofrece á seguir á Reinaldo como sierva, como escudero:

.....
 Sarò qual piú vorrai, scudiero o scudo
 Non fia ch' in tua difesa io mi risparmi.
 Per questo sen, per questo collo ignudo
 Pria che giungano a te, passeran l'armi... !.

.....
 (Ger., C. XVI.)

Sostiene á Reinaldo en tan terrible prueba fuerza superior, y Armida ve perderse en el horizonte la blanca vela del bajel que se lleva al paladín.

1 «Seré lo que tú prefieras: escudero ó escudo; no me verás ahorrar mi vida por defenderte. Por este seno y desnudo cuello pasarán las armas antes de llegar á ti.»

XI

El viaje de Carlo y Ubaldo al través del Océano para buscar á Reinaldo, es una de las inspiraciones más felices de *La Jerusalén*. La misteriosa isla en que Armida oculta al paladín, incidente tomado de la *Odisea*, carece por lo mismo de originalidad; pero la travesía de los dos campeones por los ignorados mares que se extienden más allá de las fatídicas columnas de Hércules, junta al prestigio de lo fantástico el palpitante interés de la realidad. Tasso, en la concepción del viaje de los dos paladines, abandona el servilismo clásico y se entrega libremente al impulso juvenil de la nueva musa que por aquellos mismos años dictaba á Luis de Camoens las bellas octavas de su poema. Como agrada tanto consignar y recordar los homenajes que el genio tributa al genio, trasladaré las estrofas que Tasso consagra á elogiar á Cristóbal Colón:

.....
 Tempo verrà che fian d'Ercole i segni
 Favola vile ai naviganti industri;
 E i mar riposti, or senza nome, e i regni
 Ignoti, ancor tra voi saranno illustri...

Tu spiegherai, Colombo, a un nuovo polo
Lontane si le fortunate antenne,
Ch' appena seguirà cogli occhi il volo
La Fama, ch' ha mille occhi e mille penne,
Canti ella Alcide e Bacco; e di te solo
Basti ai posteri tuoi ch' alquanto accenne,
Che quel poco darà lunga memoria
Di poema dignissima e d' istoria...¹

(Ger., C. XV.)

Tasso es en verdad poeta de épocas de decadencia social y literaria; pero la fuerza de su talento, dominando á veces la indole en general afeminada de sus versos, da de sí bellezas como las del viaje transoceánico, en que Carlo y Ubaldo, guiados por la mujer celestial, ven cual en radiante y profético sueño la oculta mitad del mundo iluminada por la luz de la verdad evangélica, y educada por las artes civiles y por la cultura europea. Ambos paladines, inflamados de entusiasmo con las revelaciones de la divina barquera y con el grandioso espectáculo que festejó sus atónitos ojos, hallan elocuencia natural para arrancar á Reinaldo, aborronándole, de los brazos de la maga. Síguelos Reinaldo, ardiendo ya en deseos de resarcir con

¹ «Tiempo vendrá en que los mojones de Hércules sean fábula vil del industrioso navegante, y los remotos mares, que hoy no tienen nombre, y los desconocidos reinos, serán entre vosotros ilustres...» «Tú, Colón, dirigirás hacia nuevo polo la afortunada antena, tan lejos, que apenas podrá seguir su vuelo la Fama con sus mil ojos y mil plumas. Cante ella á Baco y á Alcides: que con poco que de ti diga á la posteridad, habrá de bastar para que deje largo recuerdo, digno del poema y de la historia.»

altos hechos la degradante inacción en que yaciera; y al tocar la costa del país bendito de Palestina, dirigele el sabio esta persuasiva arenga, triaca del sutil y delicioso veneno que encierra la balada de la rosa:

.....
Signor, non sotto l'ombra in piaggia molle
Tra fonti e fior, tra ninfe e tra sirene
Ma in cima all'erto e faticoso colle
Della virtù, riposto è il nostro bene.
Chi non gela e non suda, e non s' estolle
Dalle vie del piacer, là non perviene.
Or, vorrai tu lungi dall' alte cime
Giacer, quasi tra valli angel sublime?

.....
T' alzò natura in verso il ciel la fronte.
e ti diè spirti generosi ed alti,
Perchè in sù miri...¹

(Ger., C. XVII.)

Pero donde se completa y perfecciona la purificación de Reinaldo, es en la radiante madrugada en que, lavado ya de sus culpas por la penitencia, huella con lento paso el sacro y silencioso monte Olivete, y su alma goza las inefables alegrías de la convalecencia moral. Si

¹ «Señor, no á la sombra en amena comarca, no entre fuentes y flores, no entre sirenas y ninfas reside nuestro bien, sino en la pendiente y áspera colina de la virtud. El que no sufre frío y calor, y no se aparta del camino del placer, no llega allá. ¿Y querrás tú yacer lejos de las altas cimas, como sublime ave en los valles? La naturaleza alzó tu frente hacia el cielo, y te dió elevado y generoso espíritu para que mires á lo alto...»

en el momento de desprenderse de los brazos de Armida la llaga de su corazón brotaba sangre; si le asaltaban contrarios y tempestuosos afectos; si su turbada conciencia no sabía distinguir los actos que dicta el deber de los que sólo la dureza y el desamor permiten, en la hora serena y celeste del alba aquella veía Reinaldo fulgurar ante sus ojos con clara luz la ley del bien y del honor y el fin supremo de su vida. Era una mañana, no llena de prestigios, magia y molicie como las de la encantada isla, sino apacible, pura y un tanto melancólica. En Oriente despuntaba el sol, lanzando leve franja rosada sobre el blanquecino y mate horizonte; el rocío nocturno caía como gotas de llanto, y escarchaba el obscuro verdor del ramaje de los olivos que á Jesucristo dieran sombra, y cuyas hojas rozaron las alas del ángel que presentó al Hijo de Dios el cáliz de amargura; la tierra, árida y peñascosa, parecía contribuir al grave recogimiento del paisaje; la última estrella se escondía entre vapores de ópalo, y despertaban estremecidas y mudas aún las aves canoras, cuyas arpadas lenguas sujeta quizá la veneración hacia el lugar santo. Entre la quietud solemne de lo creado se advertía la majestad del Creador y su omnipresencia. Sin escudero ni escolta, pero acompañado del divino mandato á que obedece, Reinaldo se encamina á dar cima á la empresa de la selva encantada; mas antes de que afronte el peligro, su alma se anega en la honda corriente de la meditación, y su nostalgia se calma con la pensativa natu-

raleza, con la hora tranquila, con la paz y mansedumbre del amanecer.

.....
 Era nella stagion ch' anco non cede
 Libero ogni confin la notte al giorno
 Ma l'Oriente roseghiar si vede
 Ed anco e il ciel d'alcune stelle adorno,
 Quando ei drizzò ver l'Olivetto il piede...¹

(Ger., C. XVIII.)

Los mismos versos en que el poeta pinta la situación interior de Reinaldo, exhalan suave tristeza. Recuerda Reinaldo, sin acerbo remordimiento, pero contrito, sus ofensas á Dios y su profunda caída, y el propósito del bien le afirma en su pensamiento; con puro y libre vuelo se remonta el alma hacia la eterna verdad. Entre tanto, la aurora sacude sobre la cabeza y armas del paladín el aljófara de sus lágrimas, y gime el bosque despertado por la brisa matutina. Prepárase á Reinaldo nueva tentación y celada nueva. Así como en la fantástica isla asaltaron á su fogosa mente las delicias de los sentidos, así ahora los genios del mal, comprendiendo el estado de ánimo del paladín, le disponen en la selva mágica peligrosa red de piedad y ternura. La decoración está en armonía con la languidez que domina á Reinaldo. Un ría-

¹ «Era la sazón en que aún no deja paso por completo la noche al día, pero ya se ve rojear el Oriente, y alguna estrella luce todavía en el cielo. Entonces enderezó hacia el Olivete sus pasos...»

chuelo corre con ronea queja, besando con sus aguas las inclinadas cañas de la orilla; el aire suspira colándose entre las frondas; el melodioso cisne, ave de la muerte, alterna su nota flébil con el canto tardío del ruiseñor; maravillosa calma y soledad reinan en las arboledas intrincadas y opacas. Todo conspira para que se quiebren los resortes de la voluntad y para que se sepulte el alma en la indolente y nociva tristeza, madre de los sueños, de las quimeras, de la embriaguez pesimista, en que con vago anhelo se desea el aniquilamiento mortal, el éxtasis funesto del dolor. Reinaldo, triunfante ya de los deleites y del torbellino de las pasiones, va á luchar ahora con la melancolía y la compasión, flaquezas que suavemente se entran por las puertas del corazón humano, tanto menos combatidas cuanto parecen más inocentes y nobles.

El paladín avanza, pues, por la misteriosa selva en que todos los cruzados, y Tancredo mismo, queriendo cortar algunos árboles para reconstruir las máquinas de guerra necesarias al asedio de Jerusalén, se encontraron detenidos por terrores, espantos, endriagos y vestiglos, y por infernales representaciones, capaces de poner pavor en el ánimo más resuelto. Pero Reinaldo penetra en el temible lugar, y no halla sino profundo sosiego y paz extraordinaria, sin sombra de enemigo ni de trasgo alguno. La selva, antigua y romántica, formada por seculares árboles de magnífica vegetación, aparece henchida de vagos rumores, de

blandos ecos, de conciertos suavísimos: todo el mundo musical que vibra en el alma sonora de Tasso canta y plañe en misteriosa sinfonía al través de las ramas y de los altos troncos. Un transparente y sesgo río, vestido en ambas márgenes de grupos de arbustos que se doblan hacia la lenta corriente, cuyas dormidas aguas retratan la copa de los árboles, se abrillanta á veces como espejo de bruñida plata; sobre él ofrécese al guerrero un puente gallardo de oro, soportado en esbeltos arcos, que conduce á la opuesta ribera, donde el lugar se hace agreste y salvaje, hórridamente bello, soberanamente desierto y virgen. Es la naturaleza en su poderoso desorden; acullá brinca y rebrama desatado torrente; acá se arroja en curva líquida una cascada, y bajo los pasos de Reinaldo, aquella naturaleza caprichosa y seductora germina, engendra y vive: ábrense ante la planta del paladín la rosa purpúrea y el lirio nevado; los troncos destilan bálsamos y gomas odoríferas; las cortezas, entreabiertas, chorrean dorada miel, y el coro remoto, aéreo, indefinible, sigue oyéndose y Hena con sus confusos acordes la atmósfera. De pronto los troncos colosales se abren y repliegan, y de cada nudoso vientre sale bella, ligera y silvana ninfa, en el hábito gentil que presta la mitología á las deidades de los bosques; y con las flores y verdes ramas que en sus manos traen, tejen fresca corona, que ciñen á la sien de Reinaldo. Trabándose después de las manos, danzan en torno suyo dándole la bienvenida. En esto se separan las

mitades de un mirto enorme, y de su centro se lanza Armida, no amorosa é incitante como en la isla, ni iracunda y airada como al despedirse en la playa, sino plañidera, humilde, dulce y blanda, pálida y con los ojos anegados en llanto: tiernos reproches y lamentos salen de sus labios descoloridos, articulados en desmayada voz:

.....
 Seguía parlando: e in bei pietosi giri
 Volgeba i lumi e scoloria i sembianti,
 Falseggiando i dolcissimi sospiri
 E i soavi singulti e i vaghi planti:
 Tal che incauta pietade à quei martiri
 Intenerir potea gli aspri diamanti...¹

(Ger., C. XVIII.)

No obstante lo cual desnuda Reinaldo el acero, y se prepara á cortar el gran mirto, deshaciendo así el conjuro que mantiene encantada la selva. Armida entonces desesperadamente se abraza al árbol, y presenta al guerrero su seno para que inhumano lo atraviese antes de tocar á una hoja sola del amado mirto. Sus súplicas angustiosas moverían y ablandarían á los bronces. Pero la voluntad, firme ya y señora de sí propia, no vacila. Blande Reinaldo la

¹ «Seguía hablando; y en bellos y piadosos giros volvía los ojos y mostraba descolorido el semblante, fingiendo dulcísimos suspiros y suaves sollozos y tierno llanto: de tal suerte que su pena pudiera mover á incauta piedad al diamante mismo.»

cortante hoja, y son inútiles para arredrarle las raras transformaciones y brujerías de las malignas larvas: en vano cada juguetona y risueña ninfa se vuelve descomunal jayán, formidable Briareo con cien brazos armados de mazas y puñales: no doblegará el temor á quien resistió al filtro de las lágrimas. Apenas la voluntad se reconoce y afirma en acto, esgrimiendo la espada y hundiéndola en el tronco del mirto, los fantasmas y duendes desaparecen, evaporanse y vansen en humo todos los prestigios y mirajes del bosque, y queda sereno el cielo y el aura sosegada, y la floresta

.....
 Non d' incanti terribili, e non lieta,
 Piena d' orror ma dell' orror innato¹.

(Ger., C. XVIII.)

La realidad vence á la fantasía; disípanse los soñados trabajos, obstáculos y peligros; la senda se allana, y el héroe sonríe, exclamando: «¡Oh vanas figuraciones! ¡Oh necio el que por vosotras se deja detener!», Y con reposado andar, saboreando el regocijo inmenso que causa todo triunfo moral, toda conquista del espíritu, toda victoria interior, descende Reinaldo al campo cruzado, como Moisés del Sinaí, cercada la frente de una aureola, mientras el sol, subiendo á su glorioso cenit, dora las

¹ «Quedó la selva llena, no de terribles encantos, ni de alegría, sino de su propio natural horror.»

cumbres y las cimas de los edificios de Jerusalén, en que, gracias á la fortaleza de un alma y á la resolución suprema de un momento, habrá de tremolar en breve el estandarte de la Cruz. "He vencido el encanto," dice con sublime sencillez Reinaldo á Godofredo.

En esta aventura del encantado bosque, como en todas las que son genuinamente caballerescas, halla adecuada y ancha escena la fantasía riquísima de Tasso. La caballería y el mundo romanesco renacen de sus cenizas en la inspiración del poeta sorrentino. Era, sin duda, Tasso filósofo; pero ante todo imaginaba y soñaba, y las teorías metafísicas que con tanta exactitud y claridad se destacan en la poesía de Dante, andan en Tasso encubiertas bajo las doradas ficciones y las alegorías que van convirtiéndose en figuras dramáticas. Erminia y Clorinda, Tancredo y Reinaldo, son de la familia de las Orianas y Magalonas, de los Amadisés y Palmerines; los magos Hidraote é Ismeno tienen rasgos de los Arcalaus y Fristones; Aladino se parece á los reyes de romance, de ordinario insignificantes y pasivos; Argante es el tipo del jayán bravo, descomedido y fiero, no falto de algunos ribetes y perfiles de generosidad y galantería en ocasiones; el eunuco Arseto es el servidor adicto que nunca falta para preservar y defender la vida de un predestinado infante, y para, al verle crecido ya y hecho hombre, revelarle su alto origen y los raros sucesos que le trajeron á tal estado; la naturaleza mágica y estupenda, el portentoso

palacio de Armida, su carro aligero, que velozmente corta las nubes y en un minuto la conduce á los apartados confines de la tierra; el escudero Vafrino, el de Esveno, que halla el sangriento cadáver de su señor... todos son personajes é ideas caballerescas á que Tasso comunicó el inagotable lirismo de su alma, como Ariosto supo darles el colorido brillante y fogoso de la suya, hartó menos sentimental que la de Tasso.

Siendo la caballería la idea poética dominante en Tasso, inspiraciones caballerescas son los rasgos más felices y bellos de *La Jerusalén*, á la vez que los pasajes en que se advierte imitación de los antiguos poemas clásicos resultan muy inferiores al modelo. Si Armida iguala en interés, verdad y pasión á Calipso, á Circe, y acaso á Dido, en cambio Aletto, el mensajero del Soldán, es pálido calco del prudente Ulises; Argante se queda muy atrás del impetuoso Ajax y del épico Diómedes, que no teme luchar cuerpo á cuerpo con los propios dioses; el catálogo y viva descripción que hace Homero de los héroes que ocupaban las naves aquivas, tiene un colorido que en vano quiso Tasso dar á la lista de los capitanes compañeros de Godofredo; los pormenores clínicos y anatómicos de las heridas, no igualan en realidad y energía á los de la *Iliada*; las armas mágicas en que Reinaldo ve los gloriosos hechos de su ascendencia y las proezas de su raza, no emulan á las que forjó Vulcano á ruegos de Tetis para Aquiles, donde el artífice supo copiar las ondas

del mar cerúleo, y la yunta de perezosos bueyes abriendo el surco humeante; la esposa de Altamoro no enternece como Andrómaca; el consejo y deliberación de los cruzados no abunda en incidentes naturales y característicos como el de los griegos. No perdería gran cosa *La Jerusalén* con que su autor ignorase hasta la existencia del viejo bardo de Esmirna: algo más en consonancia con el género de Tasso está el seguir las huellas de Virgilio, cuya dulzura pastoril, cuyo fondo lírico convienen y se adaptan á la musa melancólica de Tasso. Mas cuando triunfa el cantor de las Cruzadas, es en el punto en que, entregado á su emoción y sentimiento, al generoso culto de un pasado cuya expresión estética se contiene en *La Jerusalén*, diseña un tipo que ni la antigüedad griega con su patriotismo, ni la romana con su civismo, ni la Edad Moderna con su individualismo sabrán producir, y que sólo los siglos medios conocieron: el caballero andante.

En todo poeta hay dos sujetos: uno que salió cabal é intacto de la turquesa de la naturaleza, y otro que lenta y laboriosamente forman el estudio y las impresiones reflejas y exteriores. Aquel nace dotado ya de ciertas cualidades; éste las modifica y desenvuelve. El primero representa lo que se llama *temperamento* poético; el segundo significa el *estilo*, la *manera*. Cuando llegan á concertarse en el poeta estilo y temperamento con tal armonía, que ni aun por medio de una operación mental acertamos á separarlos, entonces el poeta es soberano; entonces

convienen cuerpo y alma, fondo y forma, letra y espíritu. Pondré por ejemplo la campana, que haciéndose de la mezcla de varios metales de distinto origen y procedencia, los une en síntesis tan feliz, que nadie puede, al escuchar el grave y puro sonido, advertir la menor discordancia ni decir cuál de los elementos que en la campana entraron es el que tan bellamente agita las ondas del aire. Así en el gran Dante se combina el apasionado genio del Mediodía con las luces filosóficas y teológicas; y no es inferior el poeta que nos arranca lágrimas con Pía de Tolomei, al que nos obliga á meditar en los límites del Purgatorio. Ahora bien; lo que falta á Taso es esta armonía entre todas sus facultades.

Como dejo insinuado al comenzar estas páginas, la transición intelectual que se iniciaba en el siglo xvi despedazó más quizá que otra alguna el alma de Tasso, produciendo en ella amargo conflicto, antagonismo terrible entre el pensamiento reflexivo y erudito y el sentimiento natural y profundo. De suerte que en Tasso se dan gusto pagano y corazón católico; fantasía lírica y arrestos épicos; énfasis sentimental y sensibilidad verdadera; filosofía idealista y lira sensual; personajes ficticios y datos de escrupulosa exactitud científica. Vese — y quizá no sea lo menos triste que en Tasso se ve — la perpetua lucha que sostiene el poeta para armonizarse á sí propio, lucha titánica y estéril siempre, que sólo logra patentizar más la contradicción. Hemos expuesto ya el estado

histórico de Italia y de Europa en la época de Tasso; pero las causas histórico sociales que influyen siempre en la poesía, obran más particularmente sobre ciertos poetas. Si Tasso hubiese poseído la burlona indolencia de Ariosto, un fondo de escepticismo, riérase á su sabor de la crisis intelectual más alarmante. El carácter de Tasso no lo consentía. Intenso y serio, miraba las cosas por su lado trascendente. Y no hay mayor dolor, ni aislamiento más completo, que el de las almas graves en una edad frívola.

Del interno combate que revela el desacuerdo entre el temperamento y la manera de Tasso, se ha tomado pretexto para suponer que el poeta fué asaltado de dudas acerbadas en puntos de fe, y para pintarle inficionado de secreta heterodoxia. Ni en sus escritos ni en su conducta dió Tasso mínimo indicio que autorizar pueda tal hipótesis. Sus doctrinas van siempre conformes con las enseñanzas más puras de la Iglesia, y su vida, adornada hacia el fin con actos de verdadera devoción y piedad, es, si no ejemplarmente santa, cristiana al menos. No fueron las creencias de Tasso quienes lucharon en su mente con las ideas del siglo: al contrario; Tasso, religioso en lo íntimo del corazón, sufría por no hallar en el espíritu literario de su época la fórmula que cuadraba á sus sentimientos. Así es que *La Jerusalén* luce paganas galas sobre cristiano cuerpo: parece una hermosa doncella aderezada para el martirio, y sentenciada á arrostrar los leones del cir-

co con el ropaje de púrpura de las emperatrices.

No obstante ser Tasso tan sinceramente adicto á la Iglesia, fué el poeta favorito de uno de los más calificados impíos del siglo XVIII: Juan Jacobo Rousseau. El socialista ginebrino, que representa la dirección sentimental del espíritu revolucionario, bien como Voltaire resume la escéptica, encontró en la melancolía y languidez de la musa de Tasso modelo para el lirismo de su prosa. Como en Tasso, en Juan Jacobo suele ser grave lunar literario el declamatorio énfasis, que sin embargo abunda mucho más en Rousseau, porque lo falso y utópico de las ideas trae de la mano la confusión y el mal gusto del estilo.

Mientras preponderó en Europa el espíritu italiano, en tanto que Francia y España caminaban siguiendo las huellas del petrarquismo y marinismo, Tasso y *La Jerusalén* gozaron de fama inmensa: los siglos XVII y XVIII prestaron homenaje al poeta de Sorrento: en breve sus versos obtuvieron doble aureola: fueron clásicos y populares á la vez. Sabíanlos de memoria las damas, cuyo oído halagaba la suavidad de las dulces estrofas, y los eruditos estudiaban *La Jerusalén* como la *Encida*. Mas al alborear el siglo XIX, cuando madama de Staël convirtió la atención del público literario hacia la nebulosa poesía del Norte, y se alzó en el horizonte la fama de Goethe y de Schiller, palideció el astro de Tasso. Comenzaba una era nueva, y el sentido literario experimentaba

cambio total. En esta clase de metamorfosis que se observan en el gusto y en el entusiasmo que despiertan los escritores, tienen gran parte la marcha de los acontecimientos y la corriente de las ideas, y no poca tienen también la novedad y el atractivo de lo desconocido. Goëthe y Schiller eran mundo nuevo, no explorado todavía: de aquí que la curiosidad excitada les ganase mucho favor de pronto. Del mismo modo, al ser por los orientalistas sacados á luz los antiguos poemas indostánicos, deslumbraron á los eruditos y se preconizaron superiores á las creaciones de Hesiodo y Homero. No es ahora ocasión de comparar la literatura del Norte con la meridional, paralelo que reservamos para el estudio de la *Mestada* de Klopstock; mas la epopeya de Tasso no merece el rápido disfavor en que hoy ha caído. En la actualidad es preferido Ariosto, y ya hemos observado que, por grandes que fuesen las dotes del vate de Ferrara, el *Orlando* es muy inferior en importancia épica á *La Jerusalén*.

Los rayos del sol, la claridad meridiana, la nitidez y pureza del pensamiento, la suavidad, la galanura, tienen en poesía alto valor, precio grande, y siempre, á través de las edades, la lira poseerá melodiosas cuerdas y blandos y tiernos ecos. No todo ha de ser desilusión, rebeldía, nieblas y amargura: á Dios gracias, habrá en todo tiempo poetas resignados y piadosos. Virgilio en la antigüedad, Tasso en el Renacimiento, Chateaubriand en nuestros días, son poetas dulces y musicales, aves de la auro-

ra, en cuyos versos hay luz, contento y esperanza. Tasso es triste y doliente; pero sus gemidos no son desesperados y broncos, cual los de Byron ó de Heine, sino suaves como el fabuloso canto del cisne, ave á que tantas veces ha sido comparado. La poesía melodiosa de Tasso semeja traducción del concierto del universo, donde todo cuanto existe está sujeto á ritmo, á orden, á número y período. Por maravilloso modo puede la palabra humana, según su colocación y arreglo, no sólo expresar ideas y sentimientos, sino despertar y sugerir ambas cosas á la mente y al corazón con fuerza é intensidad extraordinarias. Verdad es que en Tasso, así como en los compositores italianos de principios del siglo, falta la combinación y variedad de sonidos que enriquecen la música novísima. No hay en Tasso la nutrida polifonía de la orquesta, en que los sonos se atraen, se enlazan, se interrogan, se contestan, se destacan ó se funden, prestándose mutuamente energía, extensión y expresión. Tasso es un canto aislado, como la nota del laúd en el silencio de la noche.

La epopeya católica alcanzó su mayor grado de sublimidad en Dante; y si á Tasso le cotejamos con tan extraordinario genio, habremos de advertir la decadencia. Mas el austero vate florentino y el melancólico cantor napolitano son estrellas que, aunque diversas en magnitud, alumbran dos épocas: la Edad Media y el Renacimiento. Los dos poetas tuvieron triste destino, amor imposible y fe santa y salvadora. Los dos

vinieron, después de largos combates con la enemiga suerte, con el infortunio implacable, á buscar por último y extremo consuelo la sombra del árbol de vida, que cobija á los hombres de buena voluntad.



RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

MARÍA ANTONIETA ¹

UN siglo ha transcurrido desde el año que Víctor Hugo calificó de *titán*, y la cifra de 93, al frente de cartas, libros, periódicos y revistas va á traerme incesantes históricos recuerdos—á modo de vaharadas de aire saturado de sangre,—y me estimulará á que ejercite la pluma en lo que ocupa la memoria y el entendimiento.

Ha pasado el Centenario áureo, el de América y Colón: estamos en pleno Centenario rojo.

No hay fantasía capaz de inventar tipos y sucesos semejantes á los de aquellos gran-

¹ Este artículo fué publicado en *El Imparcial*, y lo reproduzco á título de curiosidad, porque se le dió entonces un alcance y un sentido que en modo alguno quise yo ni imaginé que tuviese, y en efecto no tiene.